

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 11 de Mayo

SEMANARIO DE CULTURA HISPÁNICA

SUMARIO: *Dos Mensajes* de José Vasconcelos.—*Los estudiantes*, por R. Blanco Fombona.—*El instrumento rebelde*, por B. Sanín Cano.—*Los restos de Ganivet en España*.—*El General*, por Manuel Cestero.—*Discurso*, por José B. Acuña.—*Revista de Libros*, por E. D. C.—*Tablero*.—*Palabras de loco*, por A. H. Pallais.—*Página lírica* de Alberto Guillén.—*Gerschunoff, un amigo de Chile*.—*José Ortega y Gasset*.—*Angel Ganivet*.—*Cuartillas de Cajal*.

Dos Mensajes de José Vasconcelos

(Tomados de *El Universal* de México, D. F.)

¡Tirad la coyunda!

Los Colegios dan profesores, pero sólo la Providencia da maestros

Como haciéndose eco de la lamentación desafortunada de un joven e inteligente literato, hace pocos días un joven estudiante vuelve a exclamar a los postres de un banquete oficial: Estamos desorientados porque no hemos tenido maestros. ¿Qué habéis hecho de nosotros? ¿hacia dónde nos conducís?

Y como yo aparezco citado en su discurso, y aun cuando no hubiese sido citado, contesto que me he sonreído con un un poco de desconsuelo, pues ni siquiera acierto a imaginarme lo que sería una generación conduciendo a otra de la mano. Ni puedo concebir la casta de gigantes que sería menester para imponer una ruta, ni siquiera a una raza de pigmeos, mucho menos a hombres que tienen el derecho de elegir su camino y aun el deber de crearlo.

¿Cómo váis a encontrar a los maestros, jóvenes amigos, si os ponéis a buscarlos nada más en el círculo estrecho de lo contemporáneo y todavía peor de lo que os rodea? Los Colegios dan profesores, pero sólo la Providencia da maestros. ¿Creéis que nosotros fuimos más afortunados? Si hubiésemos tenido maestros, vosotros podríais todavía aprovecharlos. Pero también en mi época estudiantil se solía escuchar la queja: propiamente no teníamos, no tuvimos maestros, y si los hubo, toda nuestra preocupación de los primeros años, fué negarlos, contradecirlos y destruirlos. Claro que había entonces y los sigue habiendo, profesores competentes, abnegados, talentosos, venerables, que sabían enseñar y ejercían noble influencia. Pero maestros en el sentido en que parece queréis exigirlos, maestros de la vida y orientadores del espíritu, ¿acaso podía producirlos el mundo oficial en aquella generación mediocre y atea que no tuvo más creencia ni más religión que el fetichismo zapoteca que inspiraba el caudillo de Tuxtepec? Repito que siempre, aun en las peores épocas es posible tener profesores, pero tener maestros es muy difícil, muy difícil y a la vez muy fácil. Muy difícil será que encontréis maestros si os ponéis a buscarlos en las cátedras o en las filas de los políticos. Por otra parte esta dificultad no es de ahora sino de siempre, pues muy rara generación es la

que puede ufanarse de haber producido maestros; no ha habido en la América otra después de la de Sucre. Y sin embargo todas las generaciones encuentran maestros, cuando los buscan, ya no a su alrededor sino en los vastos mundos de la conciencia. Desde que salimos del círculo estrecho de nuestro medio y nuestra época, los maestros aparecen enseguida escalonados misteriosamente en los cielos de la historia. Reconocerlos es muy fácil, aunque propiamente la humanidad no ha tenido más que dos verdaderos y definitivos maestros: Budha el precursor, y Jesucristo el maestro de la revelación, el Salvador. ¡Los únicos que entienden, definen y orientan la vida! Al mismo tiempo hay especialistas que vienen a interpretar doctrinas confusas, a descubrir verdades útiles o luminosas, pero casi todos se muestran desamparados y tan necesitados de auxilio y salvación como nosotros mismos. Aparte de los dos maestros fundamentales o más bien dicho dentro del cuerpo de doctrina que ellos representan, aparecen los que llamamos genios y que en tantas cuestiones de detalle, para nosotros se vuelven en realidad maestros. Los genios no nos dicen mucho acerca de lo más importante, acerca de lo único importante que es la norma de nuestros actos pequeños y efímeros en relación con la eternidad de la existencia. Sin embargo nos ayudan a vivir noblemente, nos dan poder sobre las cosas y sobre nosotros mismos y aclaran nuestro pensamiento. Platón es una enciclopedia gloriosa; Plotino es la videncia; Dante percibe la revelación; San Francisco enseña cómo se ha de amar a las criaturas y los Apóstoles del socialismo moderno demuestran cómo se debe producir y repartir la riqueza a fin de que ya desde este mundo comience a regir la ley de Cristo. Pero en realidad, el Maestro, el único en este caos de perversidades y sombras, es Jesucristo, el Divino Maestro.

¿Cómo queréis entonces, encontrar maestros en vuestra generación o en la nuestra o en la que nos ha precedido, si los maestros se producen como los Jinas del Indostán de tiempo en tiempo, cada mil o dos mil años, cuando es preciso renovar los mensajes celestes? Podrán todavía seguir viniendo renovadores, pero el Maestro ya hace dos mil años que dijo su palabra y esa la podéis leer en la edición que hizo la Secretaría de Educación Pública, de los Evangelios. ¿Quién podría daros más de lo que allí se contiene? ¿De verdad queréis maestros? Leed en cualquiera de las Bibliotecas nue-

vas, la colección de clásicos de la Universidad de México; se quedó incompleta pero en sus diez y siete tomos hay enseñanzas para toda una vida. Y por haber sido tan torpemente censurada dicha edición, me voy a permitir una frase humorística y pedante, pero exacta: a causa de esa colección de libros, puedo decir: EL ESTADO OS DA PROFESORES; YO OS DEJÉ MAESTROS!

¿No creéis que hay mucho de ingenuidad en andar buscando la ciencia en la corta y humilde sabiduría del profesor, y la norma de la conducta en uno de tantos hombres como nosotros, que por azar o aun por merecimientos, podemos llegar alguna vez a la cátedra en las aulas del Gobierno? Lo repito, guardad estimación para vuestros profesores, que casi siempre la merecen ilimitada, pero al secreto de vuestros cuartos de estudio, trasladad íntegra alguna buena colección de libros, y allí encontraréis los maestros de todas las generaciones; los clásicos de todas las épocas. Leyéndolos es como se han formado todos los grandes espíritus, aun en la América bárbara, que cuando dió un Bolívar, capaz de redimir toda una estirpe, le impuso el modelo clásico, le dió el consejo sabio de Simón Rodríguez que lo dedicó desde niño a la lectura de los clásicos.

Cuando escuché vuestras quejas por la falta de maestros, no pensé que quizás os habían cerrado las clases, me ocurrió que tal vez se había interrumpido el servicio de las bibliotecas y que también habían quebrado todos los libreros de la ciudad; porque sólo el que no puede leer o no dispone de libros puede decir que carece de maestros. En el mundo moderno, las mejores ideas se consiguen, más o menos por cincuenta centavos; eso me costó a mí, de estudiante, un Shakespeare completo que adquirí en el Volador; ¡ya véis qué gran maestro por sólo cincuenta centavos! Si os ponéis a leer a Shakespeare no volveréis a acordaros de las deficiencias de vuestros pobres maestros contemporáneos. ¿Maestros? Ni se me ocurrió a mí buscarlos en las aulas, pero me sabía de memoria el sitio exacto del anaquel donde se encontraba cada volumen misterioso de pensamiento y de poesía!

Maestros de carne y hueso, propiamente ninguna generación los ha tenido, y podría uno exclamar: desventurada la generación que los tuviese, porque los hombres de esa talla, parece como que absorben, para expresarlos en seguida, no sólo todos los conocimientos sino toda la capacidad de una época, y la generación que viniese después de un desbordamiento de genios, probablemente no encontraría aliento ni para comprender a sus antecesores. Ni para repetir y glosar les alcanzaría el ingenio.

No andéis, pues, diciendo que estáis desorientados a causa de que no habéis tenido maestros. No es valiente penetrar a la vida acusando a otros de que el camino no está despejado. Cada generación vuelve a cortar la brecha con las propias manos; sólo los propios ojos ven, para cada uno de nosotros, la luz. Está bien que reneguéis de nosotros, eso es necesario para crecer con libertad. Tenéis pensamiento, procurad destrozard todo lo malo que halléis en el nuestro; tenéis voluntad, adiestradla para que se ponga a crear el porvenir. El día en que nos halláis deshecho será un día de júbilo. En las luchas del espíritu, no hay vencidos; la victoria de la luz es una bendición que a todos alcanza. Mas para lograrla es menester que sacudáis las cabezas. Palpaos el cuello y tirad de allí y no cejéis hasta que estéis ciertos de haber arrancado la coyunda. No andéis buscando coyunda, tiradla y embriagaos en la alegría de la belleza infinita.

No sois arado torpe que no rotura si no lleva guía, sois chispa que arde y se difunde, trazando caminos de libertad en los espacios. ¿Queréis maestro? Salid al campo de mañana,

consultad con las montañas y el sol; entonces, solo, elocuente y fecundo, hablará vuestro corazón!

NOTA.—Alfonso Favila saluda respetuosamente al Sr. García Monge y se permite enviarle para nuestro REPERTORIO un bello recorte de El Universal, de México, del 13 de abril de 1925.

La energía del bien y el júbilo de la libertad

Homenaje a los estudiantes del Ecuador

Discurso pronunciado el 27 de marzo pasado en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria.

LA voluntad de los estudiantes del Ecuador ha hecho caer sobre mis hombros, uno de esos honores, que por sí solos bastan para hacer amable una vida: el honor de entregar a los jóvenes de mi patria la placa de oro con las armas de la Universidad de Quito, en testimonio perdurable del primer esfuerzo de acercamiento de una generación que parece resuelta a consumir la identidad espiritual, del Ecuador y de México, y de México y el Ecuador con los demás pueblos Ibéricos del Continente.

Los estudiantes del Ecuador han querido con muy buen acierto, que la placa que es para ellos el más alto símbolo de la patria ideal, el símbolo del pensamiento ecuatoriano, fuese a parar a las manos del joven estudiante mexicano vencedor en un torneo de ciencia histórica ibero-americana. Y yo me complazco en dejar cumplida esa voluntad de mis mandatarios, poniendo en manos del señor don Luis Rubio Siliceo, ese trofeo de la inteligencia y del corazón, del cual habrá de constituirse depositario, más que dueño. Depositario únicamente, porque es demasiado precioso para que vaya a quedar ligado a los azares de una fortuna individual. En tal virtud me atrevo a pedir al agraciado que, así que no pueda guardar éste su tesoro, cuando la proximidad de la muerte o la ausencia de la patria o cualquier género de incapacidad le amenace, tome las medidas necesarias para dejarlo a salvo, ya sea en el Museo de Historia que guarda las reliquias de nuestros padres, o en el Depósito de la Universidad, donde la seguirán custodiando las generaciones que nos sucedan.

Así conviene obrar porque el encargo, más valioso que el oro macizo que pesa, está grabado por artífices ecuatorianos que derivan su arte de los refinamientos de la Colonia, y su diseño es símbolo del amor y la conciencia de una juventud ilustre por su sangre y privilegiada por su porvenir. Ilustre porque descende de los arrestos nobilísimos y sublimes de Antonio José de Sucre y del talento generoso y deslumbrante de Olmedo, de Rocafuerte y de Montalvo: privilegiada porque recibirá la herencia de veinte pueblos que preparan una humanidad mejor.

El Ecuador es con el Perú y Colombia y México, un país antiguo y genuinamente literario. Sólo la ignorancia en que se nos educa, la necia patriotería que hace arrancar nuestra vida nacional de sólo episodios locales, puede explicar el olvido en que vivimos con respecto a una tradición que es asombro de quien la lee y que debiera ser en nuestras almas, como un cimiento de confianza en nuestras capacidades y un impulso de orgullo creador.

Desde 1555 y junto con la barbarie, por descubridora, fecunda, de los Pizarros y los Almagros, la obra de la civilización comienza a iniciarse en Quito, la ciudad levantada sobre las crestas de un volcán, como para simbolizar el espíritu imponiéndose al fuego, al temblor y a la altura. Cerca de Quito chocaron ambiciones fieras y se iniciaron proezas insó-

litas. Los Pizarros y Almagro, procedentes del Perú, disputan el terreno a Alvarado que llegaba después de consumir la hazaña de marchar sobre la cordillera, desde Guatemala a Panamá y Colombia. Magnífico paseo de águilas en que el alma iba adelante, impulsada no por la codicia del oro, sino por el afán de los panoramas hermosos y la curiosidad de las regiones nuevas. Codicia de paisaje y afán de hermosura que revela, en aquellos héroes, el germen de la raza nueva cuya misión es interpretar la vida en su esencia, como una manifestación de la belleza divina.

También de Quito, o de allí cerca, partió Orellana para consumir esa expedición, que es la más ilustre, la más arriesgada, la más trascendental y estupenda de todas las expediciones terrestres, la que produjo el descubrimiento del curso y desembocadura del Amazonas.

En Quito se repitieron los horrores de la conquista armada y los milagros del espíritu misionero. El espíritu que ganó mundos para una fe generosa, cuyo triunfo se aplaza cada vez, porque la vida humana no es digna de consumirla.

En Quito, apenas fundado, se comenzaron a cultivar las letras, con el mismo ahinco con que se cultivaban en Lima y en Bogotá y en México, los tres centros civilizados, las tres Atenas del Continente en la época en que Boston y New York apenas eran puertos de mercaderes.

La literatura de los primeros siglos fué un reflejo pálido de la Metrópoli, pero la labor de las órdenes religiosas preparaba lo que es indispensable para que aparezca el hombre de letras, el medio culto que lo estimule y lo complete. Al principio no se escriben sino relatos de la conquista y cartas de viaje y crónicas de las órdenes religiosas. El primer nombre propio importante para la historia de las letras, Gaspar de Villa Roel, aparece hasta los comienzos del diecisiete, el siglo del surgimiento de la América Española. Versos, prosas, discursos, comentarios y sermones, escribió Villa Roel con espíritu combativo de sacerdote y de artista y dando tregua a una inquietud que lo llevó a recorrer, en aquellos tiempos de caminar difícil, toda su patria y el Perú y España y Chile.

Acerca del hombre que inicia la historia intelectual del siglo dieciocho, dice Isaac Barrera, el distinguido escritor contemporáneo a quien sigo en esta brevísima ojeada: «se llamó don Pedro Vicente Maldonado, nació en Riobamba y fué uno de los hombres que mayores conocimientos reunió en su época, pues además de su competencia reconocida en las ciencias matemáticas, EJERCIÓ LA ACCIÓN CON ALTAS MIRAS DE MEJORAMIENTO PÚBLICO. Con la visión exacta de las necesidades del país, trabajó por la apertura de un camino que uniera la costa con la capital, al mismo tiempo que hacía estudios geográficos sobre la Provincia de Esmeraldas y del reino de Quito en general. Estos trabajos encomiados por académicos franceses, recibieron altísimo elogio de Humboldt. Más tarde figuró Maldonado con honor en academias científicas de París y de Londres».

Era aquella la época en que no necesitábamos de que las grandes obras públicas las ejecutasen ingenieros y contratistas extranjeros; producíamos cultura, no era indispensable importarla; y se llamaba acción a la obra constructiva, no como hoy se estila llamar hombre de acción al que mata en las batallas o en la emboscada.

Ya a principios del diecisiete había en Quito dos Universidades ocupadas en la enseñanza de Latín, la Metafísica, la Teología y la Jurisprudencia. En nuestros tiempos prevalece un justo desdén por la Jurisprudencia, porque el derecho social contemporáneo va dejando muy atrás la fría justicia romana que en parte representa la norma de sus conquistas, pero hay que ver que en aquella época la Jurisprudencia era el saber que moderaba los rigores del mando meramente militar; era el

paso a la civilización. Enseñar Jurisprudencia en la Colonia, en el país de los conquistados, era prepararles la emancipación y adiestrarlos en las armas de la libertad. La Jurisprudencia era entonces la ilustre y valiente rival de la espada.

La primera imprenta ecuatoriana se fundó en Ambato y el primer opúsculo en ella publicado es de 1754. A mediados del dieciocho aparece Eugenio Francisco Javier Santa Cruz y Espejo, «un indio genial», dice Barrera, «grande no sólo por ser una figura de excepción en el medio borroso y desteñido de la época, sino porque tuvo un gran talento, una asombrosa erudición, una curiosidad insaciable, una nerviosidad altanera y terrible y el anhelo heroico que empuja hacia las cosas grandes. Fué uno de los precursores de la emancipación, el primer periodista del Ecuador y el primer enciclopedista, la figura intelectual más prominente de toda la época de la Colonia».

La expulsión de los jesuitas llevó a Italia un gran número de ecuatorianos ilustres, como el polígrafo Velasco y el Poeta Aguirre, que llegó a ser Rector de la Universidad de Ferrara.

Al comenzar el siglo diecinueve, Quito, floreciente de cultura palpitaba con el anhelo de la libertad. La propaganda de los enciclopedistas, la visita de sabios como Humboldt, Bompian y Caldas, el impulso de los patriotas, y el entusiasmo de la juventud, la soberbia de los criollos delante de la altanería de los chapetones, todo anunciaba la tragedia espléndida que había de transformar el Continente. El 10 de agosto de 1809, se constituyó la Junta Suprema cuya trascendencia para la libertad del Continente, habéis estudiado con acuciosidad y lucidez.

La época de la guerra de Independencia marca como un alto en la producción literaria; los poetas de ese período se llaman Bolívar y San Martín y Sucre. El pensamiento se confundió con la acción, para crear esas obras de arte que se llaman: Las Campañas de Bolívar, y las Batallas de Pichincha, de Junín y de Ayacucho. Fué aquello como el comienzo de una especie de caos de que todavía no acabamos de salir, pero que aun para las letras ha sido fecundo. «En un siglo de vida independiente, dice con razón Barrera, el Ecuador puede mostrar ingenios y hombres ilustres en mayor número que los tres siglos anteriores del coloniaje» y agrega, el primer poeta de la República y el primer poeta de la América en ese tiempo, es Olmedo». Olmedo fué el cantor de Junín y Ayacucho, de Bolívar y de la libertad del Continente.

El alma ecuatoriana se define y se expresa por aquellos tiempos en la gran figura continental de Rocafuerte: Magnífico y justísimo consocio de hombre con nombre. Proteo vigoroso, nacido para crear naciones. Asistió a las Cortes de Cádiz, se negó a rendir homenaje a Fernando VII, volvió a España con comisión de Bolívar; hizo propaganda revolucionaria en Estados Unidos; luchó en México contra Iturbide, hizo aquí periodismo, sirvió a la Legación Mexicana en Londres, conoció nuestras cárceles por no transigir con déspotas y después de dejarnos lo mejor de su pensamiento republicano, volvió a su patria de origen. También allá en el Ecuador se vió combatido, se afrontó con los caudillos, estuvo a punto de ser fusilado, y finalmente, cumpliendo su destino providencial llegó a la Presidencia. Ya en este cargo puso el modelo de lo que hubiera llegado a ser la América, si los caudillos militares no hubiesen impedido la acción de los hombres ilustres, si no hubiese prevalecido el sistema de que la presidencia sea un botín que se recoge en los campos de batalla, o en los conciliábulos de la defección. Rocafuerte es el mejor Presidente que ha tenido el Ecuador y es también una de sus mayores figuras literarias. Su espíritu tolerante, su amor apasionado de la libertad, su estilo vigoroso, su expresión clara hacen que hoy mismo, las obras de Rocafuerte

constituyan enseñanza valiosa y estímulo de los que luchan para levantar el pueblo de la abyección y encender en los pechos el fuego de la justicia.

Cuando se escuchan estas historias y se ve, cómo en aquellos tiempos heroicos un mismo personaje influía decisivamente en los destinos de varias naciones, cuando se sabe que un Rocafuerte hizo política y periodismo en México y agitó la opinión en España y fué después Presidente del Ecuador, se comprende que no es la distancia, una distancia que en nuestros días se ha acortado, lo que nos tiene apartados, sino la decadencia del nervio y la ceguera. ¡Duele mirar en nosotros una estirpe que ya no conoce a sus padres! En vez de los antiguos héroes tenemos patriotas, amurallados en sus fronteras, que niegan el hispano-americanismo o lo relegan a la condición de un sueño imposible. No saben que fué realidad cuando la raza era pujante y grande, y que si no vuelve a serlo será porque ya jamás levantaremos la frente.

De la misma época de Rocafuerte es Moncayo, que jamás transigió con los desmanes de los políticos ni con las flaquezas del carácter y a semejanza de nuestro padre Mier, pasó la mayor parte de su vida en el destierro.

Al lado de Moncayo se formó Montalvo, el primer escritor ecuatoriano y uno de los dos o tres del Continente. Montalvo es piedra angular de nuestra literatura y modelo de virtud cívica en patrias que casi no conocen el civismo. Por su bella prosa que triunfó en todos los asuntos y por sus gallardas y esclarecidas actitudes frente a uno de los azotes de la raza, el déspota García Moreno, la figura de Montalvo es de aquellas que forman el abolengo de una estirpe. Su vida se reparte entre el estudio y la lucha. Cuando García Moreno sube al poder, Montalvo sale al destierro. Su pluma se dedicó entonces a limpiar el ambiente continental. Escribió la historia de los Héroes de la Emancipación Americana para hacer resaltar las virtudes de los grandes frente a los crímenes de los déspotas y como un reto a los malvados que alcanzaban éxito. Su campaña contra el despotismo conmovió a la América en la misma época en que el despotismo había llegado a ser la ley. Sus artículos aparecían con el «estruendo y claridad del rayo». Al mismo tiempo su obra literaria se condensaba en páginas magníficas sobre temas jamás pensados antes en América, según puede verse en los Siete Tratados. Todavía no hemos hecho justicia plena a Montalvo por la sencilla razón de que los males que él combatía no han desaparecido del todo, y porque sus frases quemarían aún muchas frentes. Montalvo es el hermano espiritual de Sucre, pero el poder sólo por excepción ha ido a manos de los discípulos de Sucre, por regla general lo han ejercido los descendientes de quienes lo asesinaron. La familia heroica ha seguido, sigue dispersa. Sin embargo, de los déspotas que flageló Montalvo no queda nada y en cambio, la figura del pensador inmaculado sigue creciendo y se ha identificado con el Continente. Día llegará en que no se sepa de sus rivales sino porque tuvieron el honor de merecer sus anatemas. Pues el genio en su prosa justiciera, forja la historia. Y si alguna vez dentro de cien o de quinientos años, cuando ya nadie recuerde sus nombres, algún erudito ocioso, pregunta, ¿quiénes fueron los déspotas de entonces?, la respuesta tendrá que irse a buscar a las páginas de Montalvo. Lo que allí se dice eso es la verdad; lo demás, si todavía existe, no tendrá importancia, pues no va a juzgarse del malvado por lo que de él digan sus víctimas atemorizadas o sus cómplices; la verdad sólo la entiende en estos casos, la conciencia inmaculada, la conciencia iluminada; y Montalvo es una de las primeras luces de la estirpe. Su lucha, como la de Sarmiento, fué heroica y desesperada. Sarmiento venció y la Argentina se hizo

grande. El día en que allá, en la patria que poseemos en el centro de los Andes, la civilización y la cultura se impongan en toda su plenitud, ese día será el día del triunfo de Montalvo.

La gran figura del pensador ecuatoriano, expresa toda una época, pero no la agota; después de él vendrán muchos ingenios para seguir luchando por las mismas nobles causas. Para no incurrir en omisiones graves, no me atrevo a citar más nombres. La historia literaria del Ecuador, como su historia política, es digna de un dilatado y cuidadoso estudio. Ojalá que el éxito de este torneo estimule a todos los jóvenes de México a nutrir sus almas con el ejemplo de las virtudes y las grandezas ecuatorianas. Con el ejemplo de un pueblo que, como nosotros, ha bregado y ha sufrido, pero asienta su esperanza en el poder de una juventud intransigente con el mal y devota de la gloria y de la libertad.

Por el corto esbozo que hemos recordado, podréis juzgar los tesoros de fuerza, de virtud y de genio que están contenidos en la patria lejana cuya juventud os tiende los brazos en invitación fraternal. Responded a los hijos de aquella porción de la patria común, protestando que procuraréis igualarlos en cada acción ilustre. Juradles en nombre de Montalvo y en nombre de Madero que en la nueva patria, que todos juntos habéis de forjar, no habrá más que dos potestades: La energía del bien y el júbilo de la libertad.

JOSÉ VASCONCELOS

(Envío de Mario Santa Cruz, México, D. F.)

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
A. M. Aguayo: <i>Tratado de Psicología pedagógica</i> , 1925. 1 vol. pasta	12.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Sobre los problemas sociales</i>	6.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00

Los estudiantes

Los estudiantes madrileños—con la única excepción de la extrema derecha confesional—celebraron ayer en el teatro de la Comedia un festival en honor de los estudiantes que América envía a la Universidad y escuelas técnicas de Madrid.

Esta manifestación de los escolares madrileños a los escolares de más allá del mar no es sino un símbolo. Ellos representan y en ellos se saluda al espíritu libre de América.

Hoy se explica todo el mundo perfectamente la actitud de los americanos en 1810. Entre ser siervos del poder absoluto de Fernando VII o ciudadanos libres de repúblicas democráticas, prefirieron ser libres.

Su separación afectó a España en cuanto Estado, no a la raza, ni a la cultura, ni al prestigio de España como pueblo civilizador.

Los americanos rompieron con el trono, se separaron de la potestad española, deshicieron el imperio fundado en la conquista; pero no renunciaron a la obra cultural de España. Los libertadores supieron erigir el edificio de las nuevas sociedades sobre la heredada y secular cultura de España. Combatían por la independencia humanistas como Bello, economistas como Moreno, botánicos como Caldas, poetas como Olmedo, tribunos como Zea, diplomáticos como Gual, soldados como Sucre y como San Martín, un hombre de genio como Bolívar. Algunos de ellos hablaban y escribían una lengua que hubieran envidiado los maestros del siglo de oro.

Gracias principalmente al genio de Simón Bolívar—nunca se dirá bastante—, la América no fué india ni fué inglesa, sino siguió siendo española, aunque independiente.

Eso era y es lo esencial.

La obra de la raza española no desaparece con la emancipación de América. España, como una célula vital, se ha desdoblado en dos núcleos diferentes.

A cada una de estas dos Españas le ha tocado en nuestros días un papel distinto.

La España europea, con el fardo a cuestas de una gloriosa y luenga tradición, anda despacio el camino. Va cuidando el tesoro que lleva consigo. La acompañan la experiencia, la Historia, hasta las preocupaciones del pasado.

América va escotera, sonreída, descuidada, sin más anhelo que conquistar el porvenir. El tesoro que custodia no es la tradición, sino la libertad. Ninguna institución añeja entraba su marcha. Las horas más felices de su historia están en lo futuro. Y a toda prisa, sin volver los ojos atrás, se va América preparando el futuro con que sueña.

Quiere decir que la gente española cumple una doble misión en el mundo: la de velar por una cultura secular en Europa y la de ir creando nuevos tipos de cultura en América.

Ahora, ¿cuál es el deber de los hombres modernos de lengua española, ya nazcan en Europa, ya en el Nuevo Mundo?

El deber primordial, el deber de los deberes, es armonizar nuestra doble colaboración en la obra común de los hombres todos. La conciencia nos induce a estrechar las dos ramas de nuestra familia de pueblos. Debemos olvidar estúpidos y suicidas rencores, perdonarnos nuestras inferioridades, encomiar recíprocamente nuestras virtudes, unirnos en el esfuerzo, complementarnos en la Historia.

Ningún ideal mayor para los pueblos, a una y otra orilla del mar, que hablen la lengua de Castilla.

Tengamos confianza en el mañana, si sabemos adelantarnos hacia él, listos para recibirlo, teniendo en nuestro cerebro, como norma, el espíritu crítico; en nuestro universo político, como costumbre, la libertad, y en nuestras relaciones exteriores, como principio, la independencia.

Si así ocurriese, esperemos la sonrisa del triunfo en los labios. El jardín de las Hespérides nos dará nuevos frutos de oro.

R. BLANCO-FOMBONA

(La Voz, Madrid).

El instrumento rebelde

(De La Nación, Buenos Aires).

EN sesenta años mal contados la Europa continental ha vivido, complacientemente en unas regiones, a la fuerza y no sin continuas protestas en otras, bajo el dominio incondicional del soldado. En Francia, antes de 1870, solían ocurrir, de 15 en 15 años, levantamientos populares del género sudamericano de la misma época, a cuyo impulso se derrumbaban nuevos imperios o dinastías de pretensiones milenarias. En Prusia, Bismarck había creado el más formidable de los ejércitos europeos de la época, diciendo sin empacho que necesitaba de esa institución para defenderse en lo futuro contra la democracia. A mediados del siglo pasado la democracia era la res sacrificada para hacer propicia la voluntad de los dioses nacionales.

El vencimiento de Francia por Alemania coronó los designios militaristas de Bismarck; de allí en adelante las naciones europeas se convirtieron en otros tantos cuarteles y los mares circundantes en el sustento de flotas mortíferas. Para contrarrestar el militarismo prusiano, Francia se hizo militarista y de las dos naciones irradiaron el sistema y los sentimientos bélicos en todas direcciones. Armarse hasta los dientes era no sólo necesario; los profesores de ética lo hacían aparecer como esencialmente justo y moral, en graves tratados, cuyas frases parecían acorazadas con la sabiduría de los siglos; otros filósofos, menos preocupados del aspecto moral de la vida política, se empeñaban en encarecer la belleza del ejército, la majestad del pueblo armado, deshaciéndose en ternuras para con el uniforme y la vida cuartelaria. Hasta los dientes se armaron las llamadas grandes potencias, corriendo a sabiendas el peligro de arruinarse y de comprometer para en muchas generaciones la felicidad de sus nacionales. Las potencias de segundo y tercer órdenes enfermaron del sarpuellido militarista y empezaron a armarse: no para defenderse, porque de nada le servían, a Dinamarca, *verbi gratia*, unas miríadas de soldados, enfrente del peligro alemán que amenazaba por el Sur en formas incontrastables. La misma Suiza se armaba, y con ejercicios singulares de tiro al blanco en que participaban todos los ciudadanos, se forjaba la ilusión de estar preparando una defensa contra Alemania, Austria e Italia, que estaban aliadas para agredir y defenderse, y contra Francia, que cerraba el cerco alrededor de la débil República, probable palestra de apetitos insaciables y de odios tan viejos como el hombre de Neanderthal.

El soldado, los uniformes, las bandas militares, el caballo, las plumas, el casco reluciente, crearon un estado de espíritu del cual ha resultado el predominio de los ejércitos en la suerte de Europa y la subordinación de los gabinetes a las decisiones de los Estados Mayores. Así lo exigían antes de 1914 las necesidades de la defensa nacional en presencia de enemigos francos, seculares, irreconciliables, o así, por lo menos, se les había hecho creer a los pueblos en una labor de propaganda que empezaba en la escuela, se extendía a la prensa y prodigaba sus enseñanzas en la tribuna y en el teatro. Se había creado en los pueblos un estado de espíritu propicio a los contagios del terror y del odio. En más de un

caso, sin embargo, el ejército existía primordialmente para defender a los Gobiernos contra las turbulencias o contra los sentimientos de rebeldía de sus propios súbditos. Que la rebeldía procediese de la injusticia o de palpables desigualdades en la condición legal o social de los individuos, algunos lo afirman, al paso que muchos se creen obligados a desvirtuar la afirmación. Pero hay un hecho de experiencia verificable hora por hora, que nos autoriza para creer que el terror al enemigo armado al otro lado de la frontera no fué siempre la causa primordial de la aparición y del mantenimiento de los grandes ejércitos.

Veamos el caso de las potencias europeas de tercero y cuarto órdenes que también se arman hasta arruinarse. La conducta de las naciones pequeñas como Bélgica y Suiza, entre las cuales pueden señalarse algunas tan fascinadoramente ilustradas e inteligentes como Dinamarca, no puede explicarse como un mero resultado del instinto de imitación. El hombre es simiesco, pero no hasta el punto de sacrificar su felicidad y la de la especie por el placer de imitar a los otros. Tampoco se puede explicar esa conducta por medio del temor. Armarse Bélgica para defenderse de Alemania, o Suiza para que no la invadiese Francia en caso de guerra con Alemania, es algo parecido a los golpes que da el cordero en el suelo con la pazuña para atemorizar al mastín que se le pone delante. La Bélgica desarmada e impreparada habría sido tan digna de respeto como la Bélgica que había estado usando el dinero de sus administrados antes de 1914 en el sostenimiento de un ejército superior a sus recursos y a todas luces superfluo, pues era una potencia neutral. De modo que los armamentos de las pequeñas potencias no obedecen a la necesidad de defenderse de un enemigo exterior. Servían francamente para usar de la fuerza en caso de rebelión interior. Dinamarca sostiene hoy un ejército de 60.000 hombres, para una población de tres millones de habitantes. En esa proporción, la República Argentina, en vez de 25.000 soldados de pie de fuerza habría de sostener un ejército de 75.000 hombres. Si Dinamarca se contentara con un ejército que guardase proporción con el de Colombia, no tendría más que 2.500 hombres sobre las armas en tiempo de paz. La cifra les parece ridícula a los estrategas europeos; ¿pero lo es menos un ejército de 60.000 soldados para defenderse de una nación que puede poner sobre las armas en el curso de una semana un millón de hombres? Dinamarca necesita las 60.000 plazas de su ejército para prevenir los alzamientos posibles de que hubo amagos imponentes después de terminada la gran guerra. Si se tiene en cuenta que es Dinamarca uno de los países mejor administrados de Europa, una monarquía organizada de acuerdo con el régimen cooperativo, en que todas las clases gozan de representación equitativa en el Parlamento, y en que el pueblo puede hacer valer sus derechos contra la manifiesta iniquidad o la simple inconveniencia de las leyes por medio del referendun, aparece innegable que sólo la necesidad de mantener una forma de gobierno arcaica les impone a los administrados en una nación pobre, sin enemigos con los cuales pueda medirse en el campo de batalla, el ruinoso plan militar de las llamadas grandes potencias.

A pesar de las enseñanzas de la guerra, Europa continúa en manos de los Estados Mayores. El soldado es un culto y una ruina. Se parece al ídolo de Baal. Naciones que vacilan ante la idea de poner en los presupuestos la partida de un millón para atender a la fundación de escuelas o a la compra de material de enseñanza, derrochan trescientos o cuatrocientos en el mantenimiento de ejércitos seguramente inútiles; si no estuvieran destinados a sostener la injusticia de un régimen o la incapacidad funcional de gobiernos que se transmite de unos a otros como una herencia fisiológica.

Sorprende, en verdad, dolorosamente, la incapacidad de los estadistas europeos ante el problema de la paz y de las reformas sociales. Aquella «ley de constancia intelectual» tan seductoramente formulada por Remy de Gourmont en sus *Promenades Philosophiques*, parece que estuviera cumpliéndose en una forma práctica, comprensible además a todos los espíritus. «La inteligencia humana», dijo el célebre solitario de los boulevares, «llegó un día a su máximo de capacidad y desde entonces no ha podido sobrepasarlo. En otros términos: la elasticidad intelectual tiene límites y esos límites son específicos; desde el momento en que se constituyó la especie humana, sus posibilidades intelectuales quedaron establecidas y fijadas como su fisiología misma». La inteligencia humana es, pues, una constante algébrica susceptible de variar, pero limitada por una cifra máxima. Si combinamos esta ley del maestro francés con las teorías de Butler sobre que el hombre es una parte de una máquina, de un mecanismo creado por él mismo, teorías sagazmente analizadas por el señor Arturo Cancela en su estudio sobre ciertas semejanzas entre Butler y Bergson, se llega a una conclusión desoladora, sin poder remediarlo. La inteligencia humana es una constante algébrica limitada. Esa inteligencia ha hecho descubrimientos (en su mayor parte por obra del acaso) de que se ha servido para dominar la naturaleza y complicar la vida extraordinariamente. De esta manera ha venido a convertirse, según Butler, en una pieza semiconsciente de un mecanismo superior y ha acabado por quedar subordinada al mecanismo. La inteligencia está circunscripta, como si dijéramos, por condiciones fisiológicas, en tanto que su obra mecánica, su obra de organización, ha crecido, continúa creciendo sin límites, merced a una ley que nos parece cosa del acaso, y siguiendo la cual esos mecanismos materiales o superracionales han acabado por dominarla.

A los argumentos en favor de esta manera de interpretar la atonía presente de la inteligencia humana puede añadirse el atraso en que se halla la verdadera filosofía, es decir, la ciencia del conocimiento («die Wissenschaft der Wissenschaft») cuyos adelantos, de Kant hasta nosotros, son bien exigüos en comparación con los que han hecho en el curso de un siglo las ciencias naturales, las matemáticas, la química, la mecánica. El hombre ensancha sus conocimientos y no es capaz de explicar el mecanismo del conocimiento. A lo sumo llega, con Jules de Gaultier, a demostrar la necesidad de saberse distinto de lo que es. No es maravilla, por tanto, que Bertrand Russell, el gran analista de nuestras facultades perceptivas y uno de los grandes matemáticos de la hora presente, declare en su libro titulado: *Icaros or the Future of Science* que es para su inteligencia un punto ocasionado a dudas el decidir si la ciencia ha de ser en definitiva una bendición para el género humano o una positiva desgracia.

El espectáculo del mecanismo militar en Europa corrobora estas dudas. El hombre que creó los ejércitos permanentes pensó hacer de ellos un instrumento contra las libertades de los pueblos. El Ejército, respetado como una autoridad, venerado en algunas partes como un fetiche, llegó a ser dueño de de sí mismo y de los destinos de Europa sin que se percatasen de ello los que habían fabricado esa máquina. Todas las transformaciones políticas, violentas y de otro género, que han ocurrido en Europa desde 1914, fueron obra del Ejército escapado al influjo de los Poderes constitucionales. El Ejército hizo en Rusia la revolución social de Kerensky, y en el Ejército se apoyó Lenin, principalmente, contra la primera República rusa; obra del Ejército fué la revolución alemana; sin la complicidad del Ejército no se habría llevado a cabo la transformación política de Austria; el Ejército implantó la República en Turquía; fué obra de soldados la agitación griega

en contra de la dinastía, y la fundación de la República; el *fascio* se formó en Italia de las tropas desmovilizadas, en las cuales duraba el ardor patriótico y guerrero de las marchas forzadas en seguimiento del Ejército austriaco, empeñado en ir a Viena a arreglar cuentas con sus mandatarios; el *fascio* no habría logrado apoderarse de Roma y de Italia, a pesar de su organización y de su origen militar, sin la actitud de mero espectador complaciente, sin la complicidad, en muchos casos, de un Ejército cuyos jefes sentían profundo desdén por el Poder Civil; por último, España da la nota definitiva, característica del estado de alma predominante en Europa: el Ejército asume el mando de un día para otro, anuncia que va a llevar a cabo las reformas ofrecidas sin ningún resultado año tras año por Gabinetes de distintos colores y aun de matices combinados, y el pueblo, o indiferente o confiado, le deja hacer sin la más leve señal de protesta. La prensa aplaude con ardor o se calla en la creencia de que nada puede ser más inepto que lo anterior. El dominio del soldado es absoluto y la Nación queda esperando que de ese dominio vengan su salud primero y su prosperidad más tarde.

Este es el espectáculo de Europa en 1924. Las protestas contra las violencias del fascismo, contra las amputaciones que ha operado el Directorio en las libertades del pueblo español son tardías expansiones de espíritus que han debido percibir antes de 1914 cómo no podían coexistir las libertades del individuo y los ejércitos permanentes. Ya la máquina, según la teoría de Butler, ha dominado al operario. El hombre ha perdido la maestría de los mecanismos infinitamente complicados que creó su propia iniciativa ayudada del acaso y, como según la ley formulada por de Gourmont, la inteligencia está circunscripta por leyes fisiológicas, el individuo no recuperará sus libertades en cuanto no se emancipe de los organismos que le oprimen, es decir, mientras no se emancipe de la obra irreflexiva de su propia inteligencia.

B. SANÍN CANO

Madrid, 1924.

Los restos de Ganivet en España

Navarro Ledesma, el amigo y admirador más fervoroso que Ganivet haya tenido en España, coloca al creador de *Pío Cid* y autor del *Idearium Español* entre los más altos ingenios que puede exhibir la península, y apunta como extraño signo de superioridad el examen de su columna vertebral, que poseía una vértebra más que cualquier otro viviente.

Y aun cuando ignoráramos el modo de opinar del crítico y retoricista, la personalidad de Ganivet se yergue con tanta fuerza y poder entre los pensadores de España, que apenas habrá uno o dos que resistan un parangón a través del pensamiento moderno.

Al lado de Costa, Ganivet fué uno de los más altos predicadores que tuvo la idea liberal en la pasada centuria. Se puede decir que de él se alimentaron todas las generaciones que en América, a fines del siglo y al comienzo de éste, formaron en las avanzadas progresistas. Entre nosotros, particularmente, a Ganivet se le levantaron altares de cuya opulencia todavía han quedado vestigios aunque en posiciones tambaleantes.

La repatriación de los restos del joven pensador a sus lares españoles debe llenar de júbilo a sus admiradores de allende el Atlántico y de América, que hacen legión.

Ganivet, con todo y la revaluación que están sufriendo sus ideas, es orgullo de la raza y todo el que hable español le debe veneración y respeto.

(El Diario Nacional, Bogotá).

El General

Para RENÉ FIALLO

RECIBIÓ y leyó el oficio. La Secretaría de Relaciones Exteriores le participaba la destitución del cargo consular que desempeñaba en París, y le daba las gracias muy atentas, por sus servicios.

Con el infame papelucho en la diestra, llamó a la mujer. Nervioso, violento y demudado, le dijo:

—¡Toma y lee! ¡Ingratos! ¡Sacrifíquese uno por la patria!

—Te han desconsiderado—comentó Maruca apenas se hubo enterado,—pero en política no hay amores ni odios, sino intereses. Procedamos con calma. Por lo pronto, vete a la agencia de vapores y aparta dos pasajes para que nos embarquemos pasado mañana.

Ni el General ni la Generala concebían, después de haber manejado el *majarete* por espacio de doce años, que hubiera en la tierra nadie capaz de aspirar a ese puesto. El consulado era para la feliz pareja cosa propia, como si la hubieran heredado de un tío.

Esa noche no durmieron.

* *

En la mansión presidencial esperaban ser recibidos por el Primer Magistrado otros que habían sido suplantados en los puestos diplomáticos y consulares que desempeñaron durante la ocupación militar yanqui en la República.

Una partida de quidams, chupadores inútiles del Presupuesto a quienes nada debe la República.

Entre los que esperaban audiencia estaba el General. Y fué el primero en ser recibido por el Presidente.

—¡Hola, mi amigo! ¡Cuánto tiempo! Siéntese y dígame algo de París.

—Sí, señor, aquí me tiene usted a sus órdenes, Presidente. ¡Un viaje endemoniado! ¡Cómo ha rolado ese maldito vapor! Supongo que ya usted estará enterado...

—Sí, mi amigo, estoy enterado de que ha sido usted sustituido por el licenciado Carrasquillo.

—¡Por Carrasquillo! Este país se está perdiendo a la carrera, Presidente! No son esos los hombres que se necesitan para sostener una situación política. ¡Carrasquillo! Un pobre diablo que se pasa la vida hojeando mamotretos y escribiendo proyectos que nadie lee,

—Así anda el mundo, mi amigo. ¡Y qué le vamos a hacer!

—Yo soy su amigo desde 1893.

—Sí, pero me abandonó sin motivo.

—Un error, Presidente, del cual estoy arrepentido.

Una sonrisa se dibujó en los labios del bondadoso Presidente.

—Celebro su resolución de formar nuevamente filas entre nosotros. Estamos animados de los mejores deseos en bien del país. Hombres como usted son los que necesitamos. Hombres ilustrados, capaces, conscientes de todo cuanto impone la civilización que usted ha vivido durante largos años en medio de una de las grandes capitales europeas.

—Gracias, Presidente. Yo espero que usted me resuelva ahora el problema que me preocupa, cuanto antes, a fin de empezarle a ser útil al país sin pérdida de tiempo.

—¿Y cuál es su problema, mi General?

—Pues, como usted sabe, yo necesito de algo en qué ocuparme que me proporcione, modestamente, la manera de vivir. Estoy pobre. El sueldo que ganaba en París sólo me alcanzaba para los gastos indispensables.

—Bien. Así es como hablan los hombres sencillos y sinceros. Usted tendrá lo que desea. El gobierno aspira a reunir a

todos los hombres útiles de la República para hacer la Revolución que, sin duda alguna, nos salvará a todos.

—Hemos llegado donde yo quería. Ha dicho usted «revolución» y debo participarle: que tengo en casa, debajo del sótano, más de cuatro mil armas largas, más de veinte mil cartuchos y gente de confianza que hará lo que yo ordene.

—Ha entendido usted mal, mi amigo. No se trata de hacer revoluciones a mano armada. Eso, aunque fuera necesario, no sería el gobierno quien las haría. Se trata de hacer otra clase de revoluciones: las del pensamiento. Revolución industrial, agraria, educacional... Y hombres como usted, que han vivido tanto tiempo en país tan culto como Francia, son los capacitados para prestarle sus luces o sus armas intelectuales al gobierno para que triunfe y salve los intereses de la República.

Perplejo se quedó el General ante las palabras del Presidente. No encontró la contestación adecuada. Pensó en Maruca: «Si ella estuviera aquí sabría sacarme del atolladero en que he metido las dos patas». Luego, dando otro giro al asunto, dijo:

—Presidente, cuente conmigo, incondicionalmente.

—Gracias, mi General. Ahora mismo haré que el Secretario le escriba una carta al Ministro de Fomento a fin de que se le coloque en puesto digno de usted.

La carta fué escrita en seguida. El General despidióse del Presidente con fuerte estrechón de manos, y se dirigió a la Secretaría de Fomento.

* *

—¿Está el señor Ministro?

—Pase adelante, General.

—Tenga la bondad, Secretario, de avisarle primero.

—Con mucho gusto, General.

Ya en presencia del Ministro, le entregó la carta, la leyó éste y:

—Cómo nó! Si usted es de los nuestros! Ya tendrá lo que quiera. Por lo pronto, llega usted en momento oportuno. Hay algo que puede usted desempeñar a maravilla. Lo encargaremos de la dirección de los nuevos caminos carreteros que se comenzarán la semana entrante.

—Frercito... yo no sirvo para eso!—le respondió el General.

—Bueno, mi General, eso es lo único que puedo ofrecerle ahora, pero como el Presidente me dice que usted debe ser colocado inmediatamente, yo creo que en la Secretaría de Industrias es mucho más fácil que usted logre ser empleado ahora mismo.

—Está bien, señor Ministro,—respondió un tanto contrariado.

El Ministro escribió personalmente la carta al colega y el General, dándole las gracias, se despidió encaminándose a la Secretaría de Industrias.

—Por la prensa estoy enterado, desde ayer, de su llegada, General. Lo celebro de veras. Aquí me tiene a sus órdenes. Mándeme como guste.

El General le entregó la carta y al punto:

—Ya lo creo! Usted es de los viejos amigos. Hoy mismo será usted nombrado director de las granjas que en bien de la ganadería se harán. Usted debe estar al corriente...

No lo dejó terminar. Se atusó el bigotito, limpió los lentes de oro, y díjole:

—Frercito... yo no sirvo para eso!

—Pues yo creo, mi General, que donde encontrará usted lo que busca es en el Departamento de Agricultura.

—Quizás, frercito, respondió el General que ya empezaba a ver un tanto difícil la resolución de su problema.

Recibido amablemente por el Secretario de Agricultura y atendido galantemente, éste le dijo:

—Estamos buscando un hombre capaz de hacer un poco más científicos los métodos agrarios. Hasta la fecha no se ha logrado sino cosechas medianas debido al desconocimiento casi absoluto del agricultor en todo cuanto se refiere a los abonos industriales. El agricultor necesita de un hombre como usted. Que les explique en lenguaje sencillo los últimos adelantos aplicados por los franceses...

—No pierda su tiempo en cátedras, frercito. Busque otra cosa para mí, pues de lo que usted está hablando no entiendo ni jota.

El ministro se quedó callado como un muerto. El General le hizo la historia detallada de sus entrevistas anteriores. El Ministro no se explicaba que el General durante los doce años pasados en París ignorara las cosas más sencillas de aquella civilización. Y resolvió dirigirse a su colega el de Gobernación a fin de que colocara al amigo.

—En ese despacho, mi General, estoy seguro que conseguirá usted trabajo fácil.

Pero el mismo Ministro ignoraba las reformas que se habían introducido en Gobernación. Ya no era el ministerio de los inválidos asignados. Ya no se batía allí el *majarete* del politiquero. Los chismorreros habían sido echados a un lado. Se hacía allí política sana, justa, capaz de mantener el orden en la República sin riesgo de exponer la República a las torpes asonadas políticas.

Y, desde luego, el General no pudo llegar a un acuerdo con el Ministro de Gobernación que de buena gana deseaba poner a trabajar a todos los generales.

Tales obstáculos provocaron un consejo de ministros presidido por el Presidente, a fin de ver la manera de resolver el caso del General.

Hablaron todos:

—Fomento tiene la palabra.

—Pues, señor Presidente, yo he tratado de colocar a su recomendado, pero todo esfuerzo ha sido inútil.

—Industria debe decirnos donde mandamos al General—insistió el bondadoso Jefe de Estado.

—Señor Presidente, yo he tratado de hacer lo mismo que el colega y todo ha sido en vano.

—Quise colocarlo bien, pero él me confesó no entender lo que le propuse,—dijo Gobernación.—Y agregó:—Yo propongo una asignación para el General como persona de confianza al servicio secreto de la Presidencia.

—No, colega,—respondió Hacienda:—Yo me opongo a toda dádiva. Eso ha acabado con el país desde que el Presidente de las barbas preciosas estableció esa funesta práctica en el país.

—¿Dónde mandamos, entonces, al General?—dijo angustiado el Presidente.

El Ministro de Educación pensaba calladamente mientras sus compañeros trataban de resolver el problema. El Presidente fijó en él sus negros ojos y le invitó a opinar.

—Pues, señor Presidente, yo creo que al General debemos mandarlo a la ESCUELA!

MANUEL CESTERO

Nueva York, 25 de enero 1925.



Discurso

leído ante el Colegio de Abogados con ocasión de la fiesta en honor de los profesores don Alberto Brenes Córdoba y don José Astúa Aguilar y en representación de la Escuela de Derecho.

«Laudemos viros gloriosos et parentes
nostros in generatione sua»,
(*Ecclesiastes*, XLIV, 1)

Señores:

Esta fiesta, sencilla y elocuente a la vez, es una fiesta de paz y acercamiento intelectual. El Colegio de Abogados y su hija menor, la Escuela de Derecho, se unen para tributar un homenaje público a dos profesores que son honra y prez del foro costarricense.

Aquí se dan la mano la madurez del conocimiento y el entusiasmo de la juventud; aquí fraternizan las generaciones pasadas y la presente en la comunidad de un sólo acto que no exige otro mérito sino el de la gratitud, ni otra prerrogativa que la de reconocer la grandeza y acatar la justicia. «*Suum cuique tribuendi*»—dice la Instituta de Justiniano.—«Dar a cada uno lo que es suyo»—es uno de los preceptos de la justicia. Y este acto, ¿qué significa? Y esta fiesta, ¿qué representa? Cumplir con la justicia, dar a cada uno lo que es suyo, es decir, la gloria y el reconocimiento a los varones ilustres. Por eso el Colegio de Abogados obró con verdadero tino al aceptar la cooperación de los estudiantes de derecho, lo cual implica que esa docta corporación sabe apreciar el valor moral de la juventud y la cree capaz de nobles y elevados sentimientos.

Sean, pues, mis primeras palabras de gratitud para el Colegio de Abogados. Asimismo deseo agradecer el honroso, aunque inmerecido cargo, que me han confiado mis compañeros de estudios al hacerme su portavoz en esta fiesta. Yo trataré de suplir las deficiencias de que adolezco, para llenar lucidamente esta misión con el respeto, con la sinceridad, con el cariño que me merece esta culta Asamblea y los dos queridos profesores en cuyo honor nos congregamos.

He oído decir a algunas personas que hubiera sido mejor reunirnos en un lugar más amplio a fin de dar mayor cabida al público y mayor brillantez al acto. En cuanto a lo primero tienen razón, pero, en cuanto a lo segundo, no creo que exista sitio más apropiado que bajo el techo familiar de esta Escuela. Carece el salón, en apariencia, de la suntuosidad propia a los fines para que fué creado; sin embargo, revestido está de la humilde pero imponente majestad de la Ciencia. El es un testimonio elocuentísimo, una prueba tangible, de nuestro progreso y cultura nacionales. Sus paredes, rodeadas están de lienzos, algunos de los cuales muestran señas inequívocas de la pátina del tiempo, mas sobre ellos el artista, deteniendo el curso de la existencia y desafiando la muerte y el olvido, ha dejado inmóviles los rostros de los que en el seno de esta Escuela derramaron la luz de su saber, o el fuego de sus patrióticos ideales.

En este aposento se unifican la humildad y la grandeza, el entusiasmo y el saber, el recuerdo y la esperanza, el pasado y el presente, la austeridad y la justicia y, abarcándolo todo y, sintetizándolo todo, el Deber y el Servicio de los hombres. Decidme, señores, si por tales circunstancias no es este el único marco que encuadra mejor con la naturaleza y con los caracteres de los festejados.

Ellos también son humildes porque su misión de maestros es misión de humildad; ellos son también grandes porque su vida toda es de abnegación y sacrificio; ellos son entusiastas porque nada les ha desviado del sendero de su deber; ellos

son sabios porque han dejado rastros de sus conocimientos en múltiples y variados campos de la actividad humana; ellos son el recuerdo de muchas páginas de nuestra historia y la esperanza de futuros bienes para la patria; ellos son parte de nuestro pasado y fuerzas vivas de nuestro presente; ellos son la austeridad de las virtudes cívicas y ellos han sido el receptáculo de la Justicia; ellos, en fin, son ejemplos vivos de constancia, de sabiduría, de sencillez, de sacrificio y de amor hacia los hombres. Bien puede aplicárseles aquella frase de Carlyle: «son la luz que ilumina y que ha iluminado la oscuridad del mundo; las lámparas sin combustible que brillan por voluntad del Cielo; las fuentes de constante luz, de visión original, de virilidad y de nobleza heroica en cuya radiación todas las almas sienten que las cosas están bien».

Plumas más hábiles, o más autorizadas que la mía, harán el juicio crítico de sus labores como jurisconsultos, como hombres de Estado, como catedráticos, como pedagogos, como legisladores; cada uno de cuyos aspectos necesita gran saber, vasta erudición y un ponderado estudio para hacer resaltar sus merecimientos, aquilatar sus valores y determinar la influencia que han ejercido en la cultura del país.

Mi apreciación es de por sí limitada; circunscríbese a delinear la personalidad de ambos maestros dentro de la Escuela, a hacer sentir lo que ellos son, lo que ellos representan para nosotros, estudiantes, y la impresión que causan en nuestra alma.

Si de nuevo Plutarco viviese entre nosotros y le tocara escribir las Vidas Paralelas de don Alberto Brenes Córdoba y don José Astúa Aguilar, hallaríase frente al contraste más original que la naturaleza formara. El primero es todo mansedumbre, el segundo todo impetuosidad; el primero todo recogimiento y paz interna, el segundo todo turbulencia y lucha de pasiones; el primero todo parquedad, todo sencillez, todo amor, el segundo todo fuego, todo intrepidez, todo vibración y nervio. Imposible prescindir de la comparación y por eso voy a poner en imágenes lo que sería interesante estudio de Psicología. Don Alberto asemejase a un lago cristalino, de quietadas aguas, en cuyo seno parecen brillar las estrellas y esconderse la luna y esfumarse el crepúsculo de la tarde. Don José es como un torrente impetuoso que corre fustigando las piedras de su lecho, devorando la distancia, para lanzarse al mar en busca de campos infinitos.

Parece como si esta diversidad de caracteres determinase su orientación jurídica. El uno enseña el Derecho Civil, ciencia de precisión, de método y raciocinio. El otro enseña el Derecho Penal, ciencia de lucha, de juego de pasiones, de dolor y castigo.

Don Alberto en sus clases es como Sócrates paseándose en las plazas de Atenas, enseñando a sus discípulos, refutando sus errores, atento al engranaje de sus propias ideas. De pie siempre, con el libro de texto ante sus ojos, va poco a poco interesando a sus oyentes, haciéndoles sentir la importancia de un concepto, el significado de un artículo, el armonioso conjunto del Código Civil, o sus marcadas deficiencias. Su palabra es fluída, simple, persuasiva; no tiene amaneramientos; no se remonta a la elocuencia pero tampoco desciende a la banalidad. Sus maneras son quietas, ponderadas, comedidas. No hay en él un gesto que salga del marco apacible de la sencillez, ni una reprensión que no lleve la suavidad del consejo, ni una idea que no lleve el sello de la exactitud, ni un chiste que lleve la pimienta de la malicia. El cree en la bondad ingénita de los hombres, en la sinceridad de sus acciones, en la benevolencia de sus motivos. Para él las cosas de este mundo están rodeadas de una dulce fosforescencia de virtud, de una plácida aureola de belleza. No creáis por eso que la clásica armoniosidad de don Alberto no encierra la inquietud

de un investigador constante. Aquellos que le conocen más a fondo sabrán decirnos si su sed de conocimiento no sólo le ha impulsado a cultivar las Artes Liberales y el Derecho, sino que, penetrando en las divinas profundidades del Espíritu, no ha buscado en la Religión y en la Ciencia la solución del problema de la vida, que, aunque es de sufrimiento, puede también ser de amor e interno regocijo. Es así como una vida de parquedad y de justeza encuentra en Dios su paz y su equilibrio. Por eso, señores, viene a mi pluma aquella frase de José Enrique Rodó: «Arrobadora idealidad, austero encanto, los de la vida que acaba completando un orden dialéctico de humana perfección».

Las lecciones de don José están salpicadas de graciosas ocurrencias, de cuentos divertidos, de chispeantes ejemplos. Si se coleccionarán podrían formar un amenísimo comentario al Derecho Penal. Con ellos el estudiante se va iniciando en el exámen de los grandes problemas del delito, de la responsabilidad y de la pena; pero a medida que crece el interés directo en ellos, las lecciones de don José van perdiendo su picante gracejo para convertirse en la exposición sistemática de principios doctrinarios. Entonces el maestro sube a las alturas de la oratoria, remóntase a la antigüedad, traza sus tentativas, agita su pensamiento y nos pinta magistralmente el desarrollo de las Escuelas de Criminología y el panorama emocionante del delito y del delincuente a través del tamiz de los grandes pensadores. Señalado privilegio es el nuestro al escuchar la exposición del Código Penal que él mismo ha redactado, preparándonos así a interpretar las ideas que lo inspiran y el criterio que lo rige. No hallo palabras para expresar mi agradecimiento por tan marcado servicio. Don José, ya lo he dicho, dotado está de una vigorosa personalidad que se afirma en todas partes con fuerza y brillantez. Estudioso, arriesgado, pundonoroso, más parece un caballero de los tiempos feudales que el señor incoloro de esta edad mercantil. En su corazón se abrigan hermosos idealismos; ama la juventud, ama la Patria. Su vibrante palabra penetra siempre en la conciencia para despertar nobles anhelos, sanas inquietudes. El poema de su vida se condensa en estas palabras: Esfuerzo, Pujanza, Deseo de conocer. El es como la voz de aquel abanderado de Longfellow que cada vez más alto, que cada más fuerte, nos grita: «Excelsior».

Estos, señores, son los insignes catedráticos ante quienes venimos a manifestar nuestro reconocimiento. Pídeles perdón por estas frases que si algo bueno encierran es tan sólo el afecto que ellos nos inspiran y que si alguna luz despiden es la que de ellos se refleja. Impregnadas sí están con el perfume de la reverencia y con la miel del cariño. Os las ofrezco repitiendo aquel concepto de Montaigne: «Señores: aquí tengo un ramillete de flores escogidas; nada hay en él mío, sino el cordón que las ata».

Que vivan nuestros profesores muchos años recordando este momento en que la juventud y la intelectualidad vibraron acordes para tributarles la más señalada manifestación de simpatía que ofrecérseles puede, quiere decir, la de honrar su presencia mientras viven. En tanto nosotros hemos cumplido con el magnánimo deber que nos señala el Eclesiástico: *Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*,—«Alabemos a los varones ilustres y a nuestros padres en su generación».—He dicho.

José B. Acuña



Revista de Libros

ARTURO TORRES RIOSECO.—*Precursores del modernismo. Casal-Gutiérrez Nájera-Silva.* (Madrid, Calpe).

TIENE en su haber D. Arturo Torres Rioseco, escritor chileno, un libro de poesías publicado en 1921, por J. García Monge, el vigía costarricense que en lindas ediciones ha dado a conocer tantas obras interesantes de la literatura americana y en las páginas de su REPERTORIO AMERICANO reúne la más escogida colección de documentos para el estudio del movimiento de las ideas en el nuevo continente.

Las poesías de Torres Rioseco, aun las más indecisas, tienen un noble acento varonil. En el *encantamiento* se denomina el volumen: los ojos del poeta, abiertos a la belleza material, intentan percibir a través de ella, otro mundo más amplio; le domina

un hondo
deseo de cantar cosas no vistas;

a cada instante, como hace notar su prologuista Brenes Mesén, la espiritualidad y la sensualidad libran en él batalla.

Fruto de su residencia en los Estados Unidos y de sus estudios de literatura angloamericana es un volumen sobre Walt Whitman que no me ha sido dado ver. Me basta, sin embargo, su predilección por este poeta, ya entrevista en algún pasaje de sus composiciones personales, para comprender su afán por alcanzar la profunda nota original del espíritu americano, visible en el fondo de los ensayos ahora publicados en Madrid por Calpe.

Para Torres Rioseco es indudable la diferenciación que poco a poca va estableciéndose en la literatura americana de habla española: «Nos vamos distanciando fatalmente. Nuestra América, que debió ser una entidad definida y compacta, se abre como granada. Ya no podemos hablar de una psicología americana, porque las diferentes secciones de nuestro continente se singularizan y adquieren rasgos propios que provienen de los ambientes respectivos. El ímpetu inicial es el mismo; la misma levadura racial fermenta en aspiraciones, en gritos de entusiasmo, en ideales comunes, pero la montaña y el desierto nos aislan»...

Esto está en el comienzo del libro, dedicado a estudiar el impulso convergente de varios espíritus brotados en tierras distintas, animados por ímpetu diverso, y, con todo, en muchos puntos, afines. Casal y Martí en Cuba, Gutiérrez Nájera en Méjico, Silva en Colombia, son los más destacados representantes de esa transición literaria que produce lo que en América y en España se ha llamado modernismo.

No acentúa Torres Rioseco en la medida que cumple la circunstancia de que el modernismo es una manifestación de tendencias unitarias, como el romanticismo lo fué.

En el romanticismo de América pesan mucho Byron, Hugo, Lamartine, y aún pesan más, en cuanto a la forma, los poetas españoles.

El tono de la lírica uniforme en el romanticismo, que suena en la Plata y en Venezuela, en Cuba y en Méjico, en Chile y en Colombia con análoga vibración, adquiere en el post-romanticismo caracteres de diversidad: el canto se apega más al suelo y se colorea según el suelo.

El modernismo, con marcar una vuelta—relativa—a la unidad, comienza cuando los poetas empiezan a apartarse de las formas de tradición y a sentir influjos extraños que pueden reducirse al de Francia (el de Poe, como consecuencia del de Baudelaire y Mallarmé; más tarde, el de D'Annunzio, como encrucijada de influjos modernos).

Torres Ríoseco limita su estudio al de los poetas americanos en quien primeramente empiezan a cuartearse las formas de sentimiento y las normas métricas comunes a la literatura española y a las de los pueblos iberoamericanos. Es, por lo tanto, una parte del estudio total acerca del advenimiento del modernismo a las letras de habla española que culmina en el reconocimiento de la extraordinaria figura de Rubén Darío, como poeta que trae a ellas la temperatura lírica dominante en el tiempo que alcanza. La otra parte, la parte española, queda por estudiar. Los nombres que principalmente se indican son los de Manuel Reina (parnasiano, como Casal), Ricardo Gil (sentimental, como G. Nájera) y, sobre todos, Salvador Rueda, que influyó tal vez en Casal y en otros muchos poetas de América, espíritu en quien da flores, no la cultura, sino el temperamento, y que entronca con la tradición española, no por la tradición académica, que es la más llamativa, sino por la tradición de la poesía popular; poeta muy desigual, cuyas caídas no vale la pena de traer a cuento, pero cuyos aciertos y adivinaciones convendría tener presentes ahora que, anciano y apartado de la literatura activa, aún podrían llegar hasta él unas palabras cordiales.

Claro está que todo esto cae por fuera del estudio de Torres Ríoseco, el cual, en unas generalidades a modo de introducción y en cuatro capítulos consagrados, respectivamente, a los cuatro poetas por él escogidos, cumple su propósito de manera satisfactoria.

Para el estudio de las influencias, tan importante en este capítulo de la historia literaria, puedo señalar aquí un par de «fuentes» que he recordado al leer las poesías citadas por Torres Ríoseco. Suele hablarse de Coppée y de Mendés, de Baudelaire y de Verlaine, y no de otros poetas menores. En Darío ya se han señalado fuentes distintas. Los versos *Para un mena*, de Gutiérrez Nájera, encuentran su rasgo final

(las copas dejemos... Si queda una gota
que beba el lacayo las heces de amor)

en la poesía de Louis Bouilhet, el amigo de Flaubert, que se titula *Vers a une femme*:

Le banquet est fini quand j'ai vidé ma tasse;
S'il reste encor du vin, les lacuats le boiront!

La poesía *En el campo*, de Casal, merece confrontarse con *L'ame mievre*, de Ephraim Mikhael. Con otra economía, el mismo sentimiento de huida de la Naturaleza palpita en la composición del poeta cubano, expuesto por vivos contrastes de impresiones.

E. D.-C. *

(*El Sol*, Madrid,
4 de mayo de 1925).

* Iniciales del perspicaz crítico-literario español, Enrique Deíz Canedo.



Tablero

—1925—

Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23,

Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.

Del tomo IV: Números 19 y 23.

Del tomo V: Números 3 y 10.

Del tomo VI: Número 2.

Del tomo VII: Número 21.



Correspondencia

San José, 25 de marzo de 1925.

Sr. don Joaquín García Monge.

S. O.

Estimado señor y amigo:

Teniendo a mi cargo la dirección del Boletín anual que publica la Cruz Roja Costarricense, el cual deberá aparecer en el mes próximo entrante, le estimaría mucho se sirviera enviarme un pensamiento que sintetice su opinión sobre la Cruz Roja, para tener la satisfacción de incluirlo en el citado Boletín.

Esperando que Ud. tendrá la amabilidad de complacer mi deseo, me es muy grato ofrecer a Ud. el testimonio de mi consideración muy distinguida.

JORGE CARDONA
Oficial Mayor.

No voy a dar mi opinión sobre la Cruz Roja Costarricense: sería una opinión más, y favorable desde luego. Prefiero señalarle a la Cruz Roja una preocupación fundamental: la del niño menesteroso. Con apoyo social y oficial, a poco que lo quiera, nuestra Cruz Roja llegaría a ser una Sociedad Protectora del Niño Costarricense, algo que la Patria está clamando en vano. Que por la incuria de los padres, o su miseria, no vivan tantos niños de Costa Rica como viven: sin pan, sin abrigo, sin educación. Alimento, ropa, luces, buen trato, escuela maternal y de trabajo consiga la Cruz Roja para los niños indigentes del país. He ahí una empresa nobilísima y fecunda, como que se trata de arrebatar a la Miseria, a la Enfermedad, al Vicio y a la Muerte una de las riquezas de la Nación: sus niños desamparados. No concibo cómo hay Gobiernos que descuiden al niño ¡y se queden tan frescos! Organice la Cruz Roja la Casa del Niño Costarricense, la fundación social por excelencia en esta pequeña República sin inmigrantes.

J. GARCÍA MONGE

San José, 1º de mayo de 1925.

Sr. Presidente de la Asociación de Estudiantes
Universitarios de Costa Rica.

Pte.

Mi estimado amigo:

Así respondo a su ruego, que le agradezco:

1.º Para un Gobierno que en sí ya quiera ser una empresa educadora, organizar la Universidad de Costa Rica sería aprovechar una oportunidad de servir y de honrarse. Esto se está desmoronando por escasez de

educación superior sería, idealista y práctica a un tiempo, capaz de crear una clase intelectual elástica y dinámica.

2.º Yo organizaría la Universidad Nacional de Costa Rica como lo está la de Tucumán, en la República Argentina. Juzgo esta Universidad—entre las de tipo nuevo—como una de las mejores de nuestra América. Por muchos motivos, me place recordar su lema significativo: PEDES IN TERRA AD SIDERA VISUS.

A propósito, le ruego se vuelva a leer este párrafo, que saco de la *Memoria de Instrucción Pública* que presenté en 1920:

«Hay que organizar la nueva Universidad. Para comenzar, ya se les dió a las Facultades un terreno en qué ubicarla. Es oportuno repetir ahora lo que entonces dije el Sr. Alvarado Quirós, que tanto se empeñó en conseguirlo: Ya hemos dado el primer paso, y tengo la certeza profunda de que en un día no lejano, declararemos abierta a la curiosidad de nuestros jóvenes la Casa Superior de Enseñanza, que revivirá en Costa Rica los días mediterráneos, clásicos, de la amistad sincera, del diálogo profundo, de la palestra y el juego, de las nobles inquietudes del espíritu».

Finalmente, creo que no está malo recordarle esta otra página que en el N.º 22 bis del tomo VII del REPERTORIO AMERICANO, publiqué el año pasado:

Hay entre los papeles de don Mauro Fernández que posee la Biblioteca Nacional, unos *Testimonios de aplicación y progreso* que expedía la extinta Universidad de Costa Rica a los alumnos distinguidos.

Estaban impresos los *Testimonios*, en plieguitos de papel fino y bordados, como si fueran las tarjetas del banquete, como si el alumno llegara a sus padres de las bodas con el estudio.

En esos *Testimonios* de don Mauro, hemos conocido el sello de la Universidad.

Lema: LUCEM ASPICIO, miro la luz, contemplo la luz.
El símbolo floral, sencillo y claro: un GIRASOL.

¡Alcemos de nuevo la Universidad, su lema y su símbolo! ¡Busquemos con ahínco la luz, contemplación noble, primaveral y fecunda! ¡Seamos de nuevo fieles—una vez por todas—a las aspiraciones sensatas y patrióticas de los viejos fundadores!

Y de paso, digamos esto:

Revisemos, estudiemos lo que concibieron y realizaron nuestros mayores. Alléguese a los jóvenes la erudición fina y amena, con vistas a la exactitud, pero también a la gracia, al arte y a la filosofía, sí, a la filosofía. ¿Cuándo estudiaremos y enseñaremos nuestra historia con este ánimo? Y entonces, ¡a echar de menos los bienes perdidos, a rectificar errores pasados, a sustentarse, a rehacer, a crear!

Como no tengo más que decirle al respecto, aquí concluyo. De Ud. atto. y ss. y amigo.

J. GARCÍA MONGE



La estimación extranjera

El excelente mensuario *Nosotros*, de Buenos Aires, reproduce en su edición de marzo de 1925, el artículo sobre Baroja que nuestro colaborador Brenes Mesén publicó en el N.º 20 del Tomo 9 del REPERTORIO AMERICANO.

A la reproducción precede esta nota de *Nosotros*:

"A propósito de Juventud, Egoatría, el discutido libro que publicó Baroja algunos años atrás, ROBERTO BRENES MESÉN, ilustre crítico y poeta costarricense, acaba de escribir en el REPERTORIO AMERICANO del 12 de enero unas notas muy interesantes sobre el novelista vasco, que juzgamos de interés reproducir".



Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Directores:

FROYLÁN TURCIOS y ARTURO MARTÍNEZ GALINDO.

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber. Tegucigalpa, Honduras.
Centro América.

Palabras de loco

La Cruz a cuestras.

EL asesino va con la cruz a cuestras ¡y qué cruz! Cuando él le mató estaba toda la selva en un silencio de muerte. Por detrás del tronco de árbol, una mano salva y se oyó el ruido profano de una bala que pasa,—era sin embargo aquella una bala que no pasa.—Y alguien cayó mudo para siempre y desde que aquél enmudeció Otro habla con una voz que no puede decirse...

El asesino no fué castigado porque la justicia de los hombres es injusta y sólo sirve para morder a los pobres y perseguir a los que no piensan como piensan los que mandan. Y algunos años más tarde el asesino se había hecho muy rico y era persona muy principal y se sentaba en junta de notables y entraba y salía con los banqueros y ministros. Sin embargo, en los ojos del asesino que eran sus verdaderos espejos, podía verse una mancha apenas imperceptible, un no sé qué... Este hombre iba con la cruz a cuestras ¡y qué cruz!, como en una de las tradiciones peruanas de Ricardo Palma, alguien había hecho una costura espantosa: sobre las espaldas del matador iba cosido el cadáver de la víctima.

Pobre hombre que vas por el camino bajo el peso de una carga enorme, el único Inocente que subió al Calvario agobiado bajo el peso de la cruz dijo para ti: «Venid a Mí, todos los que váis por el camino bajo el peso de una carga enorme: Yo os aliviaré: mi yugo es suave y mi carga ligera».

A. H. PALLAIS, Pbro.

León. Nic. 3 de marzo de 1925.

(Los Domingos, Nicaragua).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Página lírica de Alberto Guillén

De "Epigramas":

130

La llevé por juego,
no era mujer?
Se quemó en el fuego,
no era mujer?

131

Yo le creía un artista
y había sido un burgués.
Todavía le queda la lista
de sus ilusiones y de...

134

Tropezó en mi ruego
aquella mujer.
Reía en el fuego
y matóse luego...
Todo sin saber...

135

Todo es cuestión de postura
en la vida
nada mas.
Si te tortura
alguna mujer muy querida
échala para atrás.

137

Con la mujer y el perro
se bueno, no malo
pero de pronto
—sino te creen tonto—
torna el pecho de hierro
y coge el palo.

141

—Ella es indigna del todo,
indigna de ti!
—El lirio nace en lodo
le respondí!

De "Corazón Payazo":

CARTA A DON QUIJOTE

Salve varón famoso a quien fortuna,
adversa siempre, acompañó en su andanza.
Yo, como tú, también fui a hollar la luna
maguer refranes de sobrina y Panza.

Yo, como tú, también cogí mi lanza
y envanecido salí a probar fortuna,
y cabalgué el rocín de mi esperanza
y fui tras una estrella y una y una...

Sólo encontré, parado en el camino,
en vez de tus Gigantes, un pollino
que coceó mi corazón divino;

sólo encontré, en lugar de una doncella
enamorada y casta, alguna estrella
que me huyó cuando yo fui por ella.

CARTA A DON JUAN PRIMERO

Yo os quiero decir, don Juan Primero,
que ya no soy poeta ni chiflado,
y tengo ya el espíritu casero
y adoro, más que el lirio, un buen trufado.

Yo os quiero decir, don Juan Primero,
que he podado mis sueños y he podado
las alas de mi espíritu altanero
y hasta a mi corazón lo he amarrado.

Yo os quiero decir, don Juan Primero,
que ya adoro, más que el cielo, mi dinero
y ahora soy ventrudo adinerado.

Yo os quiero decir, don Juan Primero,
que ya no soy poeta ni chiflado
y me como mis rosas en puchero.

CARTA A SANCHO PANZA

Tienes razón, hermano Panza:
vale el zurrón y no mi lanza;
tienes razón, no mi esperanza,
tienes razón, tienes razón.

Tienes razón, querido hermano:
maguer mi anhelo sobrehumano,
vale el refrán y no este vano
vuelo al azul del corazón.

Tienes razón, hermano Sancho,
tienes razón y no mi ancho
y quijotesco corazón.

Tienes razón, hermano Panza,
tienes razón, no mi esperanza
ni mi ilusión.

CARTA A FRAY LUIS

Qué descansada vida, qué descansada
la del que huye el mundanal ruido
y se adereza, con laurel florido
y con sueños de gloria, una ensalada.

Qué descansada vida, qué descansada
la del que teje sobre el árbol nido
y se dedica a ser padre querido
de numerosa prole bien cebada.

Qué descansada vida, qué sabrosa
la del que deja al verso y a la rosa
para sembrar su huerto de lechuga.

Qué descansada vida, qué dichosa
la del que deja el verso por la prosa
para arrastrar su vida como oruga.

De "Trino":

EL GATO

Gato, gatito mio: oculta la uña fina
bajo tu aristocracia de seda y terciopelo;
mejor maña que fuerza, decía Makiavelo,
mejor que beso garra en la piel femenina.

Gato, gatito mío: gime tu violonchelo,
con el diente en alguna mariposa divina
y mide bien el salto para volar del suelo
hasta la azul garganta de algún ave que trina.

Gato, gatito mío: en invierno y estío,
y en el dolor y el gozo, gato, gatito mío
envuélvete en el manto de tu desdén azul;

aduérmate entre sedas y manos femeninas
y que nadie recuerde tus audacias felinas
de tigre ya mansito, o de don Juan gandul.

De "Pausa":

Cuento

Se llamaba Pirucho. Tenía el color de acero y los ojos
dos ópalos. Muchas caricias de mujeres bienadas. También
mi gato era regalo de mujer.

Le dediqué un libro, no a la mujer: a mi gato.

Se llamaba Pirucho.

De noche se comía mis versos con sus ojos de ópalo. Era
un esfinge sobre mi mesa, una esfinge de astucia y terciopelo.

Un día dejó de comer versos por atrapar un ratón. Era el
crepúsculo fuera y había llovido. Como blanca caricia se des-
lizó en el aire quieto el salto de terciopelo.

Era el crepúsculo fuera.

No oí nada. El gato fué el destino de aquel ratoncillo que
acaso estaba de novio. Salió a buscar regalo de la amada.

Mañana domingo de Pascuas.

Novela

Recuerdo. Era pescador y vino un día un señor de cabe-
llos y ojos brunos.

—Santiago, me dijo, ¿quieres hacerte pescador de hombres?

La pesca era mala. Lo pensé. Sería pronto invierno, la red
estaba vieja y no tendría que comer. Pescador de hombres
era mejor.

—Bueno, señor, le dije, al señor de cabellos y ojos brunos.
¿Qué hay que hacer?

—Santiago, me dijo, toma tu cruz y sígueme.

No había cruz ni había red para pescar a los hombres. ¿El
señor de cabellos y ojos brunos era acaso un loco?

Pero le seguí.

Fué por unos días

Hablaba a las gentes y dicen que hacía milagros. No los
ví. A sus pies brotaban rosas y le querían los niños. No se más.

Volví a mis redes y a mis barcas. Me había cansado de ir
por los caminos con otros vagabundos. Nos podían apalea-
los Centuriones. Además con mi redes mal que bien se comía.
Y esos vagabundos comían palabras de esperanza. Me volví
a mi redes y mi barca.

Después supe que lo habían crucificado en medio de la-
drones.

Y me dije:

—Si no tendría razón: Era loco el señor de cabellos y
ojos brunos.

El árbol

Trino en el árbol como frutos.

Vientos en el árbol como pájaros.

Pájaros en el árbol, pájaros sonoros como el viento, dora-
dos como el fruto.

Tranquilo el árbol.

Erguido en Invierno bajo la trailla del viento.

Sereno, sereno el árbol. Todos le creen impasible. Hasta
el poeta dijo: Dichoso el árbol que es apenas sensitivo.

Un día llevé mi dolor bajo la sombra del árbol.

Trinos como frutos, vientos como pájaros, pájaros como
vientos.

Y dijo el Árbol:

—Hermano que lloras tu dolor menudo. Hermano hombre
que vas armado de voluntad y de palabra. Sufro yo y sólo
el pájaro traduce mi congoja. Me dicen impasible porque
callo. Mordido del invierno callo. Sólo el trino se cuelga de
mi pecho y me consuela. Solo la brisa es mi Verónica. Y los
hombres me llaman impasible. Hay momento hermano hombre
que lloras tu dolor menudo, que el tumulto de mi corazón es
tan impetuoso que abro los brazos como si en mí latiese el
corazón del todo.

El Hombre rumiaba su dolor bajo la sombra del Árbol.

Cuento

Mar. Mar y brisa. El horizonte se abre como cola de pavo-
real vanidoso. Azul y rosa el cielo. Y esmeralda el mar.

Niño en la playa.

Mujeres de trajes claros.

Y el poeta:

—Niño, en tu mano empuñas acaso el corazón de un César.
No hace caso el niño.

Y sigue construyendo con su barro castillos altaneros y
pajaritos que no vuelan.

Mi perrito

Blanco y negro como las hermanitas golondrinas, mi perrito
se llamaba Zoco.

Lo mató un policía municipal. Mis hermanitas lloraron y
mi garrote conoció la espalda del policía municipal.

—Es la ordenanza, Señor—le decía a mi garrote. Su Pe-
rrito no estaba matriculado.

Era blanco y negro como la hermanita golondrina y sabía
hablar.

Un día:

—¿Por qué no te ríes, mi perrito?

Y él, irreverente:

—Tengo vergüenza. Me parecería mucho a un hombre.

Lo mató un policía municipal. Su tumba el vientre de un
buitre.

Cuento

Joven era el hombre. Casi un niño. Luchó. Había triun-
fado: laureles y mordiscos. Bofetones como al Cristo y aplau-
sos. En una palabra, la gloria.

Un día.

Vinieron pájaros vestidos de luto.

Y él les dijo:

—Devorad los vencidos. Mas no granéis sobre mi corazón
que es águila. Aun no hemos concluido la batalla.

ALBERTO GUILLÉN

Lima.



Gerchunoff, un amigo de Chile

ACOMPañANDO al Presidente Alessandri desde Buenos Aires con la comitiva oficial, llegó a Santiago Alberto Gerchunoff, redactor de *La Nación* de Buenos Aires, y seguramente uno de los mayores valores literarios de la nación hermana. En el gran diario del Plata ha sido Gerchunoff uno de los defensores más leales y convencidos de Alessandri, sobre cuya personalidad publicó en *Le Figaro* de París un hermoso estudio a raíz de su destierro.

Ya en ocasión anterior había visitado nuestro país, y fué durante el Congreso Panamericano celebrado en Santiago, el redactor en viaje de *La Nación*, cuyas apreciaciones transmitió oportunamente el telégrafo. Desde aquellos días Gerchunoff no desmintió un instante su adhesión sin reservas al Presidente, y, en los días de septiembre y octubre del pasado año, cuando Alessandri se preparaba para embarcarse con destino a Europa, fué este noble amigo de nuestro país quien escribiera en el gran diario todos los comentarios que tantas simpatías le granjearon al Presidente durante su exilio en el seno del más generoso y acogedor de los países americanos.

No es, pues, un desconocido para los chilenos Alberto Gerchunoff, ya que se ha hecho acreedor a toda nuestra gratitud, sin reservas ni vanos cálculos. Hombre de corazón y de recia mentalidad, honra todo objeto de sus simpatías, porque hay en su ejercicio del periodismo una conciencia que dignifica sus apreciaciones y sus juicios.

Hoy se encuentra nuevamente en Santiago, a donde ha venido enviado por *La Nación*, para sentir de cerca el homenaje unánime de un pueblo al gran proscrito que torna a vindicar, con esa glorificación única, la dureza de otras horas, ante las cuales su propia palabra ha querido correr un velo de olvido.

En días tristes, de la más aguda de las crisis que pueda pesar sobre un país, Alberto Gerchunoff escribía, sin embargo, en *Le Figaro* de París: «Han abierto un período de grave crisis, substituyendo a los inconvenientes de un parlamentarismo exagerado, el desorden de la indisciplina militar. Esta experiencia no tardará en producir en ese hermoso país las inquietudes más profundas, hasta que se reinstale el sistema regular de las instituciones fundadas en la realidad popular. Entonces, y sólo entonces el desarrollo de la política de Chile verá otra vez en Arturo Alessandri el representante de la buena democracia, ordenada, tranquila, fuera de cuyas reglas los pueblos sólo conocen las agitaciones estériles y la brutal inercia».

Estas palabras previsoras han visto cumplida ya su realización. Y el generoso amigo de Chile que las escribiera, ha podido verificar personalmente cómo su interés por nuestro país le movía hasta anticipar un acto de justicia que sólo puede intentar un pueblo capaz de enmendar un yerro y reconocer un error.

Nadie con mayores derechos que Alberto Gerchunoff para venir a recoger en el seno mismo del país, en el cual cuenta con tantas simpatías, el fruto de sus deseos más vehementes, que han sido los de la mayoría de los chilenos.

(De *El Mercurio*,
Santiago de Chile.)

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

José Ortega y Gasset

HA sido llamado a responder en juicio por el delito de lesa majestad, el insigne pensador español don José Ortega y Gasset, una de las figuras más austeras, uno de los más elevados espíritus de la presente generación peninsular. En tierras de América, quizá tanto como en España, el Director de la *Revista de Occidente* cuenta con admiradores y discípulos que lo consideran como un activo sembrador de ideas, como un precursor de las corrientes de justicia que avanzan por cauces serenos, como un profesor de cultura y de tolerancia, como uno de los escritores en fin, que contribuyen hoy más, desde el viejo solar ibérico, a la fusión de nuestros pueblos por motivos superiores y permanentes. Si Ortega y Gasset escribiera en francés o en inglés, el renombre de su genio no conocería fronteras; estaría seguramente aceptado como una de las siluetas sintéticas de nuestra etapa. Pero escribe en castellano, lucha por el advenimiento de mejores días para su raza, y por eso el alguacil lo tomó del cuello en una esquina y lo conduce a la cárcel.

Sabemos a cuánto obligan el deber y la cortesía cuando se trata de juzgar los actos de un gobierno extranjero, pero creemos que el pueblo español aceptará como un homenaje a sus glorias vilipendiadas, la protesta que bulle en todos los corazones y estalla en todos los labios, contra esta erección de la fuerza en inapelable autoridad. El Directorio militar que mantiene la dictadura en España, se halla capacitado, por la decadencia y la dispersión de los viejos partidos, para prolongar indefinidamente su imperio. No necesita mancharse con abusos y violencias como éstos, ejercidos contra nobles inteligencias inermes, que son el orgullo de la nación española y deberían merecer el respeto general.

Más que la destitución y el destierro de Unamuno, más que las persecuciones contra Blasco Ibáñez, el proceso de Ortega y Gasset despertará en el mundo entero un sentimiento de antipatía contra la dictadura española, que no acudiría a tan absurdas medidas si no sintiera que el terreno falta ya bajo sus pies.

(De *Patria*, Bogotá.)

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,
Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y
Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja,
Durazno, Menta, Fram-
buesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Angel Ganivet

DESDE Helsingfors, la capital limpia y fría de Finlandia, hasta Granada, la ciudad meridional y tibia, en un lento desfile han sido conducidos los restos mortales de Angel Ganivet, el pensador más profundo de España en los últimos tiempos.

Angel Ganivet, un espíritu ágil, de una agilidad que a veces raya en el malabarismo intelectual, supo también ser profundo, neto, rotundo, pero sin la densidad pesada y el desgaire organizado de don Miguel de Unamuno. Sus páginas, de un estilo ligero, donde piruetea la idea en una danza maravillosa, son, en lo que se refiere al relato, a la descripción, de un impresionismo encantador. Cuando recorremos las Cartas finlandesas, ¿no sentimos allí, bajo la misma cubierta del libro, latir el alma bullanguera y apresurada de Granada la Bella, o el tedio apresurado de la niebla nortea?

Y Angel Ganivet, cuando quiere ser profundo, asciende hasta la idea pura, lenta, pausadamente, en un estilo cortado, flexible. Pero de pronto, recordando quizás una risa que le nació pegada a los labios, da una pirueta y se precipita en una paradoja desconcertante.

Angel Ganivet, que vivió tanto tiempo fuera de la tierra natal, amó a España con un cariño fuerte, tan fuerte, que llegó a ser cruel con ella. A veces, con ironía punzante en su *Idearium español*, nos da la impresión amarga de que se complace en abrir llagas profundas. Pero si analizamos con cuidado, descubrimos que donde nosotros veíamos un puñal implacable, no hay más que un bisturí regenerador. Porque entre el innumerable revolucionarismo de su ideología, Ganivet siempre conservó unas ideas, unos afectos, unas disciplinas que nada pudo debilitar.

Angel Ganivet, como Larra, con quien tiene más de un punto de contacto, puso fin a su vida en plena juventud. ¿A qué causa se debería ese suicidio? ¿Quizá a que el sublime ironista, el desconcertante autor de *Pío Cid*, encontró siempre, cuando ya llegaba a la verdad que persiguió angustiosamente, una máscara bufa que le hacía guiños y que le reventaba en los labios una sonrisa? Puede ser.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

"Pegaso"

Montevideo-Uruguay

Es una de las mejores revistas nacionales de letras que se publican en el Uruguay.

San Salvador 2309
Montevideo

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Cuartillas de Cajal

leídas por su hermano D. Pedro, ilustre profesor jubilado de la Universidad de Zaragoza, en el acto de la inauguración de una estatua del sabio histólogo, erigida en la Universidad Cesaraugustana.

Deploro con toda el alma que en acto tan solemne y gratísimo para mí, donde se tasan hiperbólicamente modestos trabajos científicos, mi deplorable estado de salud me impida asistir a un homenaje organizado con inusitada pompa y benevolencia por mis queridos amigos y paisanos. Duélome, por tanto, de la amarga de quienes, arrastrados por un sentimiento de veneración excesiva, esperaban cotejar el original con la copia, y observar todos los matices de la suprema emoción inevitable en trances semejantes, sin reparar que una estatua aunque sea obra del genio, impresiona como cadáver petrificado; y que un ser vivo, aun marchitos los ojos y encanecido el cabello por las mordeduras del dolor, irradia siempre una luz que escapa a la inspiración del artista.

Mas no está en nuestro poder detener la acción inexorable del tiempo, el cual antes de aniquilarnos parece complacerse en amordazar el pensamiento y arruinar el organismo para que nos sea menos amarga la eterna despedida de los seres queridos.

Pero importa con todo que, en tan grandes instantes, calle o se embote el intelecto, nublado por la emoción, con tal de que hable muy alto el corazón. El cual en trances tan arduos, sin considerar si el pedestal corresponde a la estatua, ni si ambos son creaciones generosas de una devoción precipitada, debe limitarse a sentir una gratitud inmensa hacia todos aquellos que se han dignado realzar el acto de su existencia o hacerlo efectivo con su peculio. Con ello han dado alto y noble ejemplo de clarividente civismo, que habrá de fructificar en la juventud estudiosa de mañana.

No soy partidario de las estatuas, y menos de las erigidas en vida de los originales. Para apreciar el valor de un hombre se necesita la perspicacia de los siglos. En todo caso la verdadera estatua está esculpida por nuestras acciones e ideas. Cuando nuestra obra naufraga a impulso de los nuevos hechos o es aventada por su propia ingravidez, los más excelosos simulacros del arte se derrumban; y cuando aquéllos son traducción fiel de la realidad objetiva y resisten a la crítica, la estatua más perdurable está representada por el libro.

Pero no es ahora ocasión de discurrir sobre la vanidad de las cosas. Fuera, además de inoportuno, grave descortesía a vuestra gentil generosidad.

Ahora sólo me toca agradecer cordialmente vuestro generoso rasgo de patricios. Y me despido de vosotros para confinarme en mi rincón, dispuesto a terminar mi labor, con la trémula mano sobre el microscopio y los ojos perdidos en el formidable enigma de la vida. Mi sueño más acariciado sería que en el porvenir algún contemplador de mi efigie declarase con devoción filial: «He aquí el trasunto de un español fervoroso que luchó hasta lo último por enaltecer a la ciencia patria y honrar a su tierra».

(Revista de Escuelas Normales,
Guadalajara, España).

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica